

EL LADRÓN DE LENGUA NEGRA

CHRISTOPHER BUEHLMAN

Traducción: Manuel de los Reyes



1

El Bosque de los Huérfanos

Me disponía a morir.

Peor todavía, me disponía a morir rodeado de hijos de perra.

Aunque no tenía miedo, me preocupaba en qué compañía pudiera encontrarme la muerte. Al fin y al cabo, las personas que te rodean al nacer sí son importantes. Si quienes te contemplan acurrucado en la cuna van cubiertos con sedas y pulcros ropajes, es de esperar que tu vida no sea la misma que si, al abrir los ojos, lo primero que vieras fuese una cabra. Observé a Pagran de reajo y decidí que guardaba un incómodo parecido con una cabra, entre esa cabeza estirada, esa barba tan larga y esa desagradable costumbre de accionar las mandíbulas continuamente, como si masticara, aunque no tuviese comida en la boca. En otros tiempos, Pagran había sido granjero. Y Frella, apostada a su lado con una herrumbrosa cota de malla, en otros tiempos había sido su esposa.

Ahora eran ladrones, pero no de los sutiles, como yo, que me había formado en las artes de forzar cerraduras, escalar muros, aterrizar sin lesionarme, urdir mentiras, alterar la voz y tender trampas además de detectarlas, por no hablar de mi destreza con el arco, el violín o el cuchillo, superior a la media. También conocía unos cuantos hechizos, menos poderosos que prácticos. Por desgracia, la deuda contraída con el Gremio de los Afanadores a cambio de mi formación era tan elevada que me obligaba ahora a ocultarme al

acecho en el corazón del Bosque de los Huérfanos, en compañía de los antedichos hijos de perra, con la esperanza de asaltar al primer incauto que se dejara caer por allí. Asaltarlo a la antigua usanza, ya sabéis; con la amenaza de quitarle la vida.

La profesión de salteador de caminos resulta sorprendentemente rentable. Tan solo llevaba un mes con esta tropa y ya habíamos robado varias carretas con poca escolta, secuestrado a los rezagados de varias comitivas con mucha, e incluso vendido el hijo de un mercader a un hatajo de soldados corruptos que, en vez de eso, deberían haber estado siguiéndonos la pista para detenernos. Aunque asesinar no fuera plato de mi gusto, tampoco me costaba nada disparar alguna que otra flecha para que nadie se metiese conmigo. Así era el mundo. Ya había reunido más de la mitad del dinero que necesitaba ese mes de lammas para evitar que el gremio continuase ampliando mi tatuaje. Por si no fuera lo bastante desagradable así, como estaba.

De modo que allí estaba yo, emboscado, atento a la figura solitaria que recorría la Carretera Blanca a pie en dirección a nuestro aguardadero. Nuestra víctima en potencia me daba mala espina, y no solo porque caminara como si nadie fuese a tocarle ni un pelo o porque, entre los árboles, los cuervos estuvieran graznando hasta desgañitarse. El caso es que yo había estudiado magia, veréis, un poquito, y esa viajera la poseía. Ignoraba de qué tipo exactamente, pero la sensación que me producía era como un escalofrío, o como esa cargazón en el aire que antecede a la tormenta y te pone la carne de gallina. Además, ¿qué podría llevar encima una mujer que mereciera la pena dividir entre siete? Sin olvidar que la parte de nuestro líder era el doble que la de los demás, aunque siempre diera la impresión de que acababa llevándose directamente la mitad del botín.

Miré a Pagan y, con discreción, sacudí la cabeza. El blanco de los ojos destacaba en su cara porque se había embadurnado todo el cuerpo de barro, a excepción de las manos, despejadas para expresarse con facilidad. Pagan empleaba un lenguaje de signos que había aprendido en el ejército, durante la Guerra contra los Goblins, bastante alejado del de los ladrones que me habían enseñado a mí en la Escuela de Bajeza. El hecho de que le faltaran dos dedos no mejoraba las cosas. Me hizo una seña al reparar en mi gesto. Al principio

lo interpreté como que tenía un roto en la bolsa, así que miré para ver si se me estaba cayendo el dinero, hasta que me percaté de que, en realidad, estaba pidiéndome que me cerciorase de tener las pelotas aún en su sitio. Solo estaba poniendo mi hombría en tela de juicio, entendido.

Apunté a la forastera e hice el gesto de los conjuradores, con escasa fe en que lo conocieran. Intuyo que no estaba incluido en el repertorio de Pagran. Este, a su vez, me indicó que tenía un conjurador a la espalda, o al menos eso pensé en un principio, pero después comprendí que solo intentaba decirme que me podía meter mis conjuradores por donde me cupieran. Aparté la mirada del hijo de perra en jefe con el que me disponía a morir y volví a fijarme en la mujer que iba a acabar con nosotros.

Tenía ese presentimiento, eso es todo.

Había que ser un conjurador para atreverse a recorrer la Carretera Blanca que cruzaba el Bosque de los Huérfanos, aunque fuese un soleado día de finales de verano en el mes de los cenizales. De lo contrario, o bien estabas borracho, o no conocías la zona, o eras un suicida, o alguna grotesca combinación de esas tres opciones. Esta tenía pinta de forastera. La piel olivácea y los cabellos negros y lacios eran propios de una spantha. Con los pómulos prominentes, como es habitual en su tierra, recuerdo del antiguo imperio, y de edad indeterminada. Tirando a joven. ¿Treintañera? Menuda pero fuerte. Sus párpados entrecerrados bien podrían ser los de una asesina e iba vestida para el combate. Portaba un escudo redondo a la espalda, un gorjal para evitar cortes en el cuello y, si la intuición no me fallaba, una cota de malla ligera debajo de la camisa.

El filo que colgaba de su cinto era un poco más corto de lo habitual. Seguramente un espadín, o “cortapichas”, lo que confirmaría mis sospechas sobre su origen ispanthiano. Sus caballeros se contaban entre los mejores jinetes del mundo, cuando todavía quedaban caballos. Ahora dependían del estilo de lucha con espada y escudo de Kesh la Vieja, conocido como calar bajat, que aprendían al cumplir ocho años. A los spanthos no les gustan las amenazas; estaba seguro de que, si actuábamos, no sería para intimidar, sino para matar.

¿Opinaría Pagran que el esfuerzo valía la pena? La forastera llevaba unas cuantas bolsas de dinero colgadas del cinto, pero ¿nos ordenaría Pagran atacar tan solo por ese incentivo?

No.

Su aliciente sería el escudo.

Ahora que la spantha en potencia estaba más cerca, me fijé en el tinte rosáceo del borde de madera que despuntaba sobre su hombro; el escudo era de vernal, un árbol que durante la Guerra contra los Goblins nos dedicamos a talar tan deprisa que ya prácticamente se había extinguido. Los últimos ejemplares crecían en Ispanthia, bajo la atenta mirada del rey, y si internarse en ellos sin permiso podía llevarlo a uno a la horca, hacerlo con una sierra en la mano equivalía a pedir a gritos que te sumergieran en un caldero de aceite hirviendo. La peculiaridad de la madera de vernal consiste en que, si se trata con el debido cuidado, se mantiene con vida y se regenera, lo que la vuelve muy resistente al fuego.

Pagran quería ese escudo. Aunque esperaba con toda mi alma que moviera la mano hacia abajo, con la palma ahuecada como si estuviese apagando una vela, sabía que terminaría levantando el pulgar y el ataque daría comienzo. Había tres pendencieros cubiertos de cicatrices apostados junto a él, y oí que los otros dos arqueros se rebullían a mi lado: un jovencito supersticioso llamado Naerfas, tan aprensivo y asustadizo que se había ganado el mote de Tiritones, besó el mugriento talismán con forma de zorro tallado en hueso de ciervo que colgaba de un cordel sujeto alrededor de su cuello. Las hojas susurraron detrás de él cuando su pálida y estrábica hermana cambió de postura también. Nunca me había hecho gracia que todos adorásemos a la misma deidad, ellos y yo, pero los tres éramos galteses, nacidos con la lengua de color negro que nos delataba a todos por igual, y los ladrones de Galtia veneran al señor de los zorros. No se puede evitar.

Saqué una flecha con la punta tan fina como la de un estilete, perfecta para introducirse entre las anillas de cualquier cota de malla, y tensé la cuerda.

Miramos a nuestro capitán.

Nuestro capitán miró a la mujer.

Los cuervos graznaron.
Pagran levantó el pulgar.
Lo que ocurrió a continuación sucedió muy deprisa.

Yo fui el primero en apuntar y soltar, notando el placentero estallido de presión en los dedos y el roce de la cuerda en la cara interior del brazo. Experimenté asimismo la agradable sensación de saber que tu proyectil va a dar en el blanco; si no habéis disparado nunca con arco, no puedo explicarlo. Oí el siseo de las flechas de mis compañeros, que surcaban el aire persiguiendo a la mía. Pero la reacción de nuestro objetivo no se hizo esperar: se agachó y se giró tan deprisa que fue como si se hubiera esfumado detrás del escudo, encogiéndose para que diera igual que este no fuese muy grande.

Dos flechas impactaron en la madera de vernal y rebotaron. Ni siquiera me dio tiempo a ver dónde estaba la mía. Pagran y sus tres luchadores cuerpo a cuerpo fueron los siguientes en entrar en acción: nuestro líder empuñaba su enorme archa como si de un gigantesco cuchillo de cocina acoplado a una vara se tratase; Frella esgrimía el montante a la altura del hombro, lista para asestar un mandoble letal; y los otros dos, a los que llamaremos Lanza y Hacha, corrían tras ellos. La spantha tendría que incorporarse para repeler el ataque, y cuando lo hiciera, recibiría un flechazo mío en la rodilla.

Ahora es cuando las cosas se tornan confusas.

Detecté un movimiento al otro lado de la carretera, entre los árboles.

Se me ocurrieron tres pensamientos a la vez:

“Un cuervo se está separando del resto”.

“Los demás han parado de graznar”.

“Ese cuervo es más grande de lo normal”.

Un cuervo del tamaño de un venado irrumpió embistiendo en la carretera.

Se me escapó un ruidito gutural.

Ver tu primer córvido de guerra es algo inolvidable.

Sobre todo si no está en tu bando.

Golpeó a Lanza en los pies, arrojándola al suelo de bruces, y empezó a hacerle jirones la espalda con su pico endurecido. Me repuse lo justo para dejar de ser un simple espectador y pensé que debería

cargar otra flecha, pero el córvido ya estaba abalanzándose sobre Hacha, cuyo nombre real era Jarril. No os lo cuento para que podáis conocerlo mejor, sino porque lo que le ocurrió fue tan horrible que me sentiría mal llamándolo simplemente “Hacha”.

Jarril presintió que el ave se cernía sobre su flanco, dejó de correr y giró para encararse con él. Solo le dio tiempo a levantar el hacha antes de que la criatura lo ensartara con su pico allí donde cualquier varón preferiría que no lo ensartasen con nada. Aunque su recio colete de cota de malla le llegaba hasta las rodillas, esos pájaros son capaces de perforar cráneos enteros, por lo que es mejor no pararse a pensar en cómo acabaron las partes nobles de Jarril. Se desplomó, tan dolorido que ni siquiera fue capaz de gritar. Frella lo hizo por él, sin embargo. Miré de soslayo a la izquierda y vi a Pagran encorvado, cubierto de sangre, aunque sospecho que era de Frella. La mujer, que sangraba por los dos, estaba regando el suelo con un surtidor que se proyectaba desde un feo corte que presentaba bajo el brazo y parecía extenderse desde la teta hasta el codo.

Cuando la spantha cambió de dirección, vislumbré un atisbo de su arma desenfundada, ya un espadín sin sombra de duda. Lo bastante afilado para pinchar y lo bastante pesado para cortar. Una buena espada, quizá la mejor que se haya fabricado nunca. Y ella sabía usarla. Se movió ahora como una mancha borrosa, dejando atrás a Frella al tiempo que le pegaba una patada al montante tirado en el suelo para enviarlo lejos de su alcance.

Lanza, con la espalda destrozada, estaba poniéndose a cuatro patas como un bebé que se dispusiera a dar sus primeros pasos. “*¡Awain Baith!*”, exclamó Tiritones a mi lado, lo que traducido del gáltés vendría a ser “pájaro de muerte”, soltó el arco y salió corriendo con su hermana mayor pisándole los talones. El único arquero que quedaba apostado entre los árboles era yo. Carecía del ángulo necesario para disparar a la spantha, que se protegió con el escudo levantado en mi dirección mientras cercenaba la mano de Lanza por debajo de la muñeca. Es curioso en lo que se fija uno; ahora que podía ver el escudo más de cerca vi que la placa de acero central estaba labrada con forma de nube de tormenta con cara, como las que se pueden encontrar en el borde de un mapa.

Pagran, que ya había recogido su archa, intentaba repeler al córvido que daba vueltas a su alrededor. Picoteó la cabeza del arma dos veces, evitando los ataques de Pagran sin esfuerzo y sin prestar atención a la flecha que le lancé y se perdió en la distancia; los movimientos de estas criaturas son impredecibles, y a veinte pasos, ninguna flecha da en el blanco en cuanto sale del arco. Ahora, el ave de guerra agarró la cabeza del archa y tiró de ella hacia un lado, obligando a Pagran a girarse con ella si no quería perderla. Cuando lo hizo, la spantha se abalanzó sobre él con la velocidad y la gracia de una pantera para practicarle un corte profundo justo encima del talón. Nuestro líder se desplomó entre gemidos y se hizo un ovillo. La pelea había tocado a su fin en la carretera.

Mierda.

Cargué otra flecha mientras la spantha y el pájaro volcaban su atención sobre mí.

El arco no iba a ser suficiente. Llevaba un cuchillo de lucha bastante decente en el cinturón; en cualquier trifulca tabernera podría destripar a un matón, pero no surtiría efecto contra la cota de malla. A mi espalda ocultaba una daga con rodela, ferozmente puntiaguda y capaz de traspasar las anillas de acero, pero contra esa espada en concreto empuñada por esa mujer en particular, por no hablar del cuervo de los cojones, lo mismo podría haber sido un palito.

Se acercaron.

Aunque me escapara corriendo de la mujer, jamás conseguiría dar esquinazo a esa ave.

No me avergüenza reconocer que me oriné encima un poquito.

—Arquero —dijo la forastera, marcando las erres con su fuerte acento ispanthiano—. Sal y ayuda a tus amigos.

El hecho de que no fuéramos amigos en realidad no era excusa para dejarlos abandonados en la Carretera Blanca, desvalidos y mutilados, como tampoco era excusa el hecho de que se lo hubieran ganado con creces. La spantha había extraído una flecha de los ensangrentados pliegues de la camisa bajo su brazo.

—Buen tiro —dijo, tras comparar sus plumas con las que sobresalían aún de mi aljaba.

Me la devolvió. También me dio un trago de vino de su bota, fuerte y oscuro, seguramente originario de Ispanthia al igual que ella. Pagan, que se había arrastrado entre gestos de dolor hasta apoyar la espalda en un árbol, no recibió ni una gota. Tampoco Frella, que parecía estar a dos gotas de desangrarse hasta perder el sentido, aunque no dejaba de mirar esperanzada a la spantha mientras yo le practicaba un torniquete en el brazo con una rama y un calcetín. El vino era exclusivamente para mí, y solo porque había demostrado tener buena puntería. Así son los spanthos. Nada como lastimar a uno para conseguir que se encariñe de ti.

Hablando de heridos: Jarril todavía estaba inconsciente. Mejor así, que durmiera. A ninguna persona acostumbrada a mear de pie le gustaría abrir los ojos y descubrir que a partir de ahora va a tener que hacerlo sentada, y menos siendo tan joven como para no haber exprimido aún al máximo aquello que ya no podrá exprimir nunca más. Lanza había recogido su mano amputada antes de adentrarse corriendo en el bosque, como si conociera a una costurera cuya tienda fuese a cerrar enseguida. Ignoro adónde había ido el cuervo; o lo ignoraba entonces, al menos. Era como si se hubiese esfumado. En cuanto a la spantha, había proseguido su camino como si nada hubiera ocurrido, salvo algún que otro rasguño y una camisa manchada de sangre, pero sí que había ocurrido algo.

El encuentro con aquella pajarera ispanthiana acababa de alterar mi destino.